

BAUTISMO DEL SEÑOR



Sacerdotes, profetas y reyes

Padre amoroso,
en nuestro bautismo fuimos unguidos
en nombre de Cristo,
para ser sacerdotes, profetas y reyes.
Su misión es la nuestra.
Que siempre te adoremos, Señor Dios,
y te entreguemos nuestra vida entera.
Danos vigor para compartir tu amor
y salvación.
Fortalécenos para trabajar por tu reino
de justicia y paz.

Si la luz de nuestra fe titila,
y se mancha y desgarras nuestra
vestidura blanca,
límpianos y renuévanos con tu Espíritu Santo.
Guíanos, día con día, por el camino
de tu Hijo,
para que tus hijos amados, nosotros,
te agradeamos en todo lo que hacemos.
Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor.
Amén.

Domingo, 10 de enero de 2021

Nuestra misión



Lecturas del día: Isaías 55:1-11; Isaías 12:2-3, 4bcd, 5-6; 1 Juan 5:1-9; Marcos 1:7-11 o Isaías 42:1-4, 6-7; Salmo 29:1-2, 3ac-4, 3b, 9-10; Hechos 10:34-38; Marcos 1:7-11. Jesús debió discernir cómo entregar mejor su vida a Dios. Se inspiró en las promesas hechas por Dios a su pueblo, y por él, a todas las personas: promesas de bienestar, justicia y paz. Jesús pudo haberse identificado especialmente con ese siervo misterioso del que habla Isaías. El siervo trae la salvación de Dios a todos. Cuando Juan Bautista invita a la gente a prepararse para la próxima era de salvación, sus palabras resonaron en Jesús, quien se hizo bautizar como señal de su radical compromiso con la misión que se estaba forjando en él.

El bautismo nos ha sumergido en la vida de Cristo, en su quehacer terrenal, su muerte sacrificial y su unión con Dios Padre. Porque somos miembros del cuerpo místico de Cristo, cabe preguntarnos: “¿Cuál es mi misión? ¿Para qué obra buena ha bajado el Espíritu de Dios sobre mí?”. Quizás Dios nos llama a acompañar a alguien que pasa dificultades. Quizás nuestra tarea sea transformar un ambiente de trabajo poco saludable. Nuestra misión podría ser acabar con la injusticia en nuestra comunidad. Con estas acciones y otras, los amados hijos de Dios, nosotros, participamos en la misión de Cristo. Cumplida nuestra misión, escucharemos a Dios declarar que está muy complacido con nosotros.



ESTA SEMANA Y DESPUÉS

Segundo Domingo del Tiempo Ordinario

En el Tiempo Ordinario de este año estaremos escuchando con mayor frecuencia el evangelio de san Marcos. Empero, el pasaje del evangelio para el Segundo Domingo del Tiempo Ordinario se toma siempre de san Juan. Los sinópticos, Mateo, Marcos y Lucas presentan a Jesús a través de la lente de su ministerio, pero el enfoque de Juan se caracteriza por mostrar a Jesús como el Hijo divino de Dios.

En la temporada navideña, las celebraciones resaltan la divinidad de Jesús. El pasaje del evangelio de san Juan que escuchamos el Segundo Domingo del Tiempo Ordinario nos hace pasar de un énfasis en la identidad de Jesús a su ministerio público. Al acompañar a Jesús en su quehacer, el pasaje de hoy nos invita a detenernos y pasar tiempo con el Señor para descubrir y redescubrir todo lo que él es.

Contemplación ignaciana

San Ignacio de Loyola hizo popular contemplar el evangelio como una forma de orar con las Escrituras. Dicha contemplación funciona mejor con pasajes en los que hay alguna acción, como en las curaciones. El evangelio de san Marcos está repleto de relatos cortos en los que las personas hacen algo, y se presta muy bien a la contemplación.

De inicio, lea el pasaje que haya elegido varias veces. Fíjese en las personas, el entorno y cualquier diálogo. Permita que la escena vaya tomando en su mente una forma cada vez más clara. Luego imagine que usted está allí, en el mundo del relato. Usted puede ser uno de los discípulos de Jesús, alguien de la multitud o incluso la persona enferma. Observe quién está con usted, lo que dice y hace, y ponga mayor atención cómo interactúa con Jesús y cómo él interactúa con usted. Contemplar el evangelio es una forma de encontrarnos con nuestro Señor en los textos sagrados. Para quienes

dudan, resulta útil recordar que los evangelios fueron escritos para que nosotros, como las generaciones anteriores, podamos encontrarnos con Cristo y encontrar la salvación en él.

El evangelio de Marcos

El Evangelio de san Marcos contiene pocos discursos y parábolas de Jesús, por lo que se convierte en el más breve y veloz de los cuatro relatos canónicos del Evangelio. También es el más oscuro. La sombra de la cruz surge desde el primer capítulo, cuando Jesús comienza su quehacer, justo después de haber sido encarcelado Juan el Bautista (1:14). El primer milagro de Jesús es la expulsión de un demonio, símbolo del mal que habrá de enfrentar (1:21–26). El capítulo dos se forma con relatos en los que las personas confrontan a Jesús y se oponen a lo que hacen sus discípulos. En el tercero, ya hay gente tramando su muerte (3:6). Al correr del relato, Jesús enfrentará la oposición de su familia, de los paisanos de su pueblo y de sus propios discípulos.

El retrato de Jesús que va emergiendo de esta amenazante narrativa es el de un mesías que lucha y sufre. Cierto, él es el mesías, pero es mesías sufriente. Mesías sufriente es una contradicción, un oxímoron. Nadie esperaba que el mesías, el elegido de Dios, sufriera y menos que fuera asesinado. Los cristianos de hoy estamos tan familiarizados con la historia de la pasión y muerte de Jesús, que olvidamos lo impactante, pavorosa y tremenda que fue. San Marcos nos lo recuerda.

En las páginas del Evangelio de san Marcos, vemos a Jesús desafiado, malentendido, ridiculizado y atacado físicamente, y se nos repite que el verdadero discipulado tiene costos. Buscar el Reino de Dios nos coloca en oposición a otros que no entienden cómo estamos tratando de vivir o que francamente rechazan el Reino de Dios que buscamos hacer realidad. Jesús lo sabe, pues ha pasado por eso. Él está con nosotros mientras luchamos por su reino y confrontamos el mal en todas sus formas, hasta que él nos resucite para vivir con él en su reino eterno.

